

pesaba sobre la asistencia. Solo Miramon permanecia impasible. Se bajó el cuerpo á una fosa abierta en la iglesia, Miramon echó algunas gotas de agua bendita en la tumba abierta, se separó de los asistentes, montó luego á caballo, y la iglesia quedó silenciosa y solitaria.

IV

Escaramuza del 24 de Abril.—El batallon republicano de Supremos Poderes.—Salida del 27 de Abril.—Planes de Miramon.—El general Castillo fracasa en su ataque contra Callejas y deja pasar á los republicanos.—Carga de los dragones de la Emperatriz.—Los rifles americanos de diez y seis tiros.—Combate del Cimatario.—Los republicanos son rechazados en la Casa Blanca.—Resultados de nuestra salida.—Reflexiones sobre la jornada del 27 de Abril.—La Casa Blanca á otro día del combate.—Un oficial republicano herido y abandonado en el campo de batalla.—Peligrosa y célebre equivocacion de un sargento de las fuerzas sitiadoras.

El 24 de Abril el coronel Gayon recibió orden de efectuar una salida contra el enemigo que se acercaba al Cerro de las Campanas y construia algunas obras para guarecerse. El coronel Gayon, con la mitad del batallon de Celaya y algunos ginetes de un audaz gerrillero de Michoacan, Gonzalez, logró sorprender la guardia y los tiradores republicanos. Los guerrilleros de Gonzalez recogieron unos veinte prisioneros.

Bajaba yo de la Cruz, cuando la casualidad me hizo encontrar á estos últimos, á quienes se conducia al cuartel general. Algunos vestian un uniforme de paño gris adornado de galones amarillos, y llevaban un schakó negro. Eran de buena estatura, y sus miradas nada tenian de simpático. Supe que eran soldados del batallon de Supremos Poderes, cuerpo que así como los Cazadores de Galeana y cierta Legion del Norte, nos disputaba algunas veces el triunfo.

Nuestra situacion era cada vez mas crítica.

El Emperador se quejaba amargamente del general Márquez, de quien no recibia noticias. Pero nuestro comandante general de artillería Arellano, que habia adquirido una grande influencia por su instruccion, su audacia y su valor, así como por los servicios que prestaba diariamente como gefe del arma mas útil á la defensa, mantenía la esperanza en el ánimo del Soberano, á quien, por otra parte, no le faltaba valor.

El 26, los generales Miramon y Arellano discutieron, ante el Emperador y el gefe de estado mayor, un plan de salida que podia remediarlo todo. Consignieron que se les encargara le pusieran en ejecucion ellos mismos.

En la noche del 26 al 27, en el momento en que me disponia á descansar un poco, lo que no habia hecho hacia dos dias por diferentes causas, recibí orden de ir á la Alameda con mi seccion y ponerme á disposicion de un capitán que estaba allí con una batería. Al ejecutar esta orden advertí que habia un movimiento extraordinario en la ciudad.

Apénas habia mandado colocar mis piezas en batería, conforme á las órdenes del comandante de la Alameda, cuando varios de mis camaradas me dijeron que habian recibido cierta cantidad de botes de metralla, y que se les habian hecho, á este respecto, recomendaciones especiales.

A través de la oscuridad vímos soldados de caballería desmontados y armados de fusiles de infantería, que relevaban á los tiradores de la frontera; despues, batallones que nos era imposible reconocer, y que pasaban silenciosamente tras de nosotros para formarse en la direccion de la iglesia de San Francisquito, entre la Alameda y esta última.

No sabemos qué pensar de aquellos movimientos.

¿Ibamos á hacer una salida? ¿Ibamos á romper el sitio? En este último caso sabemos lo que se nos esperaba á los

artilleros; serviríamos para retardar la persecucion del enemigo, y abandonados primero por la caballería y despues por la infantería, estábamos ciertos de sucumbir.

¿Había presentido nuestro movimiento el enemigo, ó estaba instruido de él por sus espías? Mirábamos entonces á nuestro frente, tratando de penetrar las tinieblas; pero no podíamos distinguir otra cosa que un pequeño número de fuegos mal apagados en el llano y en las alturas del Cimatario.

Aquel era un momento solemne.

De repente, la naturaleza pareció despertar en aquellos lugares desolados. Una ligera luz apareció en el horizonte, precursora del crepúsculo, que tan rápidamente abre paso á los rayos del sol en aquellas regiones meridionales.

Los sonidos del clarín que tocaban diana en el campo enemigo, llegan hasta nosotros. Si debemos atacar, no hay que perder un momento. En el mismo instante, á nuestra izquierda, chispea la fusilería, y centenares de luces alumbran una escena confusa. Algunos gritos distantes llegan hasta nosotros: es que comienza nuestro ataque.

La luz se aumenta..... Vemos nuestra columna de infantería lanzada sobre la derecha de las posiciones enemigas; muy pronto es seguida por una columna de caballería que parte al trote. Al mismo tiempo el enemigo, apostado en las trincheras que se extienden en el llano y en las alturas del Cimatario, emprende la fuga Algunas nubes blancas se desprenden de los flancos de estas últimas; el relámpago brilla. Los cañones producen un ruido semejante al trueno, los proyectiles atraviesan los aires.

Inmediatamente nuestras piezas responden abriendo un fuego graneado sobre toda la línea..... ¡Es un momento sublime!

Nuestros batallones atraviesan á paso veloz el llano y trepan rápidamente las alturas; las piezas del enemigo enmude-

cen unas despues de otras..... es que acaban de ser tomadas, ó abandonadas por sus artilleros..... Oblicuamos cada vez mas nuestro tiro á la derecha, tomando por blanco aquellos grupos que huyen en las alturas del Cimatario, en direccion opuesta á los nuestros.

El sol aparece y nos calienta ya con sus rayos: ¡la victoria es nuestra!..... ¡La ciudad no es evacuada!..... es una salida..... y esa salida es un triunfo espléndido!

El Emperador, acompañado del general Arellano, pasa al galope frente á nuestros cañones que han enmudecido; se dirige al Cimatario, seguido de su estado mayor y de un escuadron de húsares austro-mexicanos.

Las gentes del pueblo salen en gran número de la ciudad y corren á las alturas; pronto las vemos volver llevando toda clase de objetos.

Algunos soldados traen piezas tomadas al enemigo, caballos, mulas; otros escoltan prisioneros; uno de ellos conduce con mucho trabajo un grupo de animales compuesto de dos asnos, de varias cabras y de una vaca. Aquel va encorvado bajo un paquete de vestidos; este otro lleva cuanto ha encontrado de mejor en una cantina. Los artilleros, renegando, siguen con miradas llenas de envidia esas riquezas en las que no tienen parte. Me piden permiso de ir al campo enemigo á buscar algunas provisiones y algunos recuerdos de la victoria, lo que rehuso naturalmente.

—Demonio de oficio!—murmuran—qué suerte la nuestra! Cuando hay algo que recoger, es siempre para la caballería ó para la infantería. Trabajamos cien veces mas, y como hoy, nos vemos reducidos á mirar á los demas que recogen todo.

—¿Por qué diablos soy artillero?—dice uno—me pasaré á otro cuerpo lo mas pronto posible.....

—Yo—agrega otro—ya me muero de hambre; ya vereis como á nosotros ni rancho siquiera nos toca.

Al principio hice como que nada oia de todo lo que se dijo; pero viendo que se prolongaban aquellos murmullos, impuse silencio á los soldados.

Miéntas tanto, los nuestros, conducidos por el general Mendez, llegan hasta la hacienda de Jacales, extremo izquierdo de la línea Sur de los republicanos, adonde muy pronto llega tambien el Emperador.

Pero el combate y una larga carrera en el Cimatario, hecha en persecucion de los fugitivos destruyendo sus campamentos y sus obras de fortificacion, habian desorganizado nuestras tropas. El general Miramon se ocupa inmediatamente en reformarlas.

El Emperador permanece algunos instantes en la hacienda de Jacales, y mira al enemigo que se dispersa por todas partes. Ciertamente, si el Emperador hubiera querido ponerse fuera de peligro, ó aun mandar desocupar Querétaro á todas sus tropas, comprendida la artillería, habría encontrado entonces una magnífica ocasion, teniendo á la mano una escolta bien montada, caballería, y el camino libre; pero, de acuerdo en esto con Miramon y Arellano, comprendia que en Querétaro necesitaba vencer completamente ó morir.

Para la inteligencia de la narracion debo ahora contar lo que habia sucedido en San Francisquito, nuestro extremo izquierdo, y lo que pasaba fuera del alcance de nuestra vista entre los sitiadores.

Al comenzar el ataque de las alturas del Cimatario por su extremo derecho, flanqueando las paralelas del enemigo y persiguiéndole, Miramon habia previsto que los republicanos tratarian de auxiliar á sus fuerzas del Cimatario; así es que habia encargado al general Castillo que tomase la hacienda de

Callejas con una pequeña brigada de infantería y una batería de artillería, y se estableciese despues cerca de San Francisquito, perpendicularmente á nuestros trabajos de defensa, apoyando su izquierda sobre la hacienda de Callejas para detener las columnas enemigas procedentes de Pateo ó de la línea del Norte, é impedirles de esa manera auxiliar ó recobrar el Cimatario.

Por desgracia el general Castillo fracasó en su ataque contra Callejas; el enemigo se le escapó, y mientras que Miramon reunia nuestros batallones en la Casa Blanca, hacia entrar á la plaza veinte piezas, los prisioneros y los trofeos; miéntas que el Emperador, despues de haber permanecido algunos instantes en la hacienda de Jacales, volvia hácia la Casa Blanca hablando con el general Arellano de las consecuencias futuras de la victoria, la reserva republicana llegaba, describiendo un gran semicírculo, oculta por los pliegues del terreno y las mismas alturas, á recobrar el Cimatario, sin que ni el Emperador ni ninguno de sus generales presentes recibiesen aviso alguno.

La victoria es completa, inmenso el entusiasmo. El general Miramon, viendo llegar al Emperador se quita su quepí, y haciendo encabritar á su caballo y volviéndose á las tropas conmovidas, exclama: «¡Soldados! ¡Viva su majestad el Emperador!» Infantes, ginetes y artilleros repiten este grito con frenesí.

El Emperador, conmovido por esta ovacion, y satisfecho de la jornada, se dirigió á Miramon y le dijo con su sonrisa tan majestuosa y tan afable:

«General, os felicito por este brillante triunfo.»

Miramon da modestamente las gracias al soberano, y presentando al general Mendez, responde:

«Señor, en esta batalla el general Mendez se ha manejado como siempre.»

El general Mendez, confuso, saluda respetuosamente al soberano.

Después de esta escena, que tenía por teatro un campo de batalla, por testigos un ejército embriagado de su triunfo, y una ciudad contenta por su libertad, nuestras tropas se forman detrás de nuestras líneas de defensa de la Casa Blanca, para disponerse á volver triunfalmente á la ciudad.

Pero al mismo tiempo un incidente de que voy á hablar, y la llegada de la reserva de los republicanos tras del Cimatario, iban á obligarnos á dar una segunda acción.

Mientras que el Emperador y el general Arellano volvían hácia la plaza, bajando las alturas del Cimatario, el jefe de la escolta de caballería encargado de conducir á Querétaro un largo convoy de carros con las municiones de guerra y de boca quitadas á los sitiadores, acudió á dar parte al general Arellano de que una fuerza de caballería republicana acababa de arrebatarle el convoy matando ó poniendo en fuga á sus hombres.

Interrogado por el general Arellano sobre el número de los ginetes republicanos, el jefe de la escolta derrotada contestó que no pasaba de trescientos caballos.

El Emperador y los generales Miramon y Arellano, que se reunieron poco después, no dieron grande importancia á la presencia de una tropa de trescientos ginetes en las alturas. Sin embargo, no queriendo perder el convoy de municiones que era el trofeo mas importante de la jornada, el Emperador envió al regimiento de Dragones de la Emperatriz, fuerza mas que suficiente, la orden de ir á recobrarle. Los dragones se lanzaron en la direccion indicada.

La banda de ginetes republicanos que acababa de apoderarse del convoy, no contaba efectivamente arriba de trescientos ó cuatrocientos caballos, como se habia dicho; pero lo que

todos ignoraban era que tras de ella se adelantaba la reserva de los republicanos (5 á 6,000 hombres de las tres armas), enviada por Escobedo para tomar de nuevo posesion del Cimatario, y la cual subia ya la vertiente opuesta.

Llegado cerca de los ginetes enemigos, desplegados en tiradores, el coronel Gonzalez forma sus escuadrones y manda la carga. Los dragones caen sobre sus adversarios; pero estos, armados de rifles de diez y seis tiros, los reciben con un fuego terrible, y abriéndose, descubren varios cuerpos de infantería armados como ellos.

Las primeras filas de los dragones caen como heridas del rayo, y el resto es espantosamente diezmado.

Entonces, viendo que su regimiento iba á ser destruido antes de poder llegar sobre los republicanos, el coronel Gonzalez manda emprender la retirada. Los ginetes republicanos siguen á los dragones y matan al porta-estandarte. El estandarte iba á caer en poder del enemigo: el coronel Gonzalez tiene la suficiente fortuna para salvarle él mismo.

Los dragones de la Emperatriz no pudieron reunirse hasta la Casa Blanca; en un solo escuadron faltaban cuarenta hombres.

Al ver á los ginetes enemigos vencedores y formados en las alturas del Cimatario, el general Miramon, que, como lo hemos dicho, ignoraba que la reserva de los republicanos llegaba á la sordina, obtuvo del Emperador el permiso de desalojarlos definitivamente, á fin de conservar libre por completo para nosotros aquel lado de la línea de circunvalacion de los sitiadores. Para eso dispuso una nueva salida, que se efectuó con la rapidez necesaria para el buen éxito de esa operacion.

Conforme á las órdenes de Miramon, los 4º y 2º de lanceiros se dirigieron hácia la izquierda de los republicanos, á fin de flanquearlos, mientras que algunos batallones, marchando de frente, volvían á subir á las alturas.

Al lanzar las tropas, el general Miramon advirtió que una division republicana se acercaba por el lado del Cerro de las Campanas, con la intencion evidente de ocupar de nuevo el Cimatario ó de amenazar nuestra derecha; envió inmediatamente en aquella direccion al general Mendez con dos batallones y los dragones de la Emperatriz para detener á esos nuevos agresores.

Un instante despues, la reserva de Escobedo apareció por fin en el Cimatario y se dispuso á volver á ocupar las líneas de circunvalacion; pero viendo que los nuestros tomaban la iniciativa, hizo alto y se formó despues en batalla para resistir convenientemente á nuestro ataque, que comenzó en el acto.

Nuestros adversarios no eran ya esos contingentes de Michoacan, de Jalisco y de Colima que se acababan de dispersar tan fácilmente una hora antes; eran los Cazadores de Galeana, armados de rifles americanos de diez y seis tiros, los mejores cuerpos de la reserva republicana, llamada division del Norte, conducidos por el general Rocha; recibieron á los nuestros de una manera desusada.

El Cimatario, visto de léjos, parecia un hormiguero humano, de donde se escapaban detonaciones nutridas y copos de humo blanco. En aquel momento nuestras pérdidas fueron crueles: los hombres caian como moscas. Los malditos rifles de diez y seis tiros y una posicion dominante daban al fuego de los republicanos tal superioridad, que el general Miramon mandó á nuestros batallones retroceder en buen orden, paso á paso, sosteniendo el fuego.

El Emperador se hallaba en medio de las balas; como Miramon y Arellano, estaba sorprendido por la llegada de una fuerza enemiga tan considerable, que se estaba lejos de aguardar, y que nos arrebatava no solamente el triunfo, sino acaso

tambien la salvacion futura. La situacion era tanto mas punzante, cuanto que ni siquiera se podia detener ó entorpecer la marcha victoriosa del enemigo oponiéndole una reserva de que nuestro débil efectivo no habia permitido disponer.

Los republicanos avanzaban. Luego que los distinguimos claramente, abrimos sobre ellos un fuego general de la Alameda y del camino de Casa Blanca, fuego que les causó mucho mal, y al que no podian contestar mas que con algunas piezas mal situadas, puesto que la mayor parte de su artillería que guarnecia aquel lado se habia introducido ya en la plaza.

A pesar de todo, la retirada de nuestros batallones se convertia en derrota al volver á Querétaro por la Casa Blanca, y el enemigo, siguiéndolos de cerca, amenazaba penetrar con los rezagados. Por fortuna el general Arellano se encontraba allí con algunas piezas como el 24 de Marzo. Dirigió en persona un fuego violento de metralla sobre los primeros grupos del enemigo y sobre los últimos de los nuestros, que fueron sacrificados á la salvacion comun. Este fuego, unido al de nuestras baterías de la Alameda y del camino de la Casa Blanca, que no cesaban de disparar granadas, detuvo por fin á los republicanos y los hizo retrogradar atras de sus antiguas paralelas, que no habiamos tenido tiempo de destruir. Allí encontraron todo trastornado, quemado, roto. Pero, por desgracia, recobraron intacto el convoy de municiones de guerra y de boca que no habiamos tenido tiempo de llevar á nuestras líneas.

Las gentes del pueblo de Querétaro abandonaron el pillaje del campo. Muchas de ellas fueron cortadas por los ginetes republicanos y muertas á lanzadas.

Poco á poco se restableció el orden entre nuestros batallones, que se formaron de nuevo detras de la Casa Blanca, y que despues de esa acalorada accion volvieron á la Cruz y á sus puestos respectivos.

La ciudad presentó entonces una animación extraordinaria; reaparecían el entusiasmo y la fe de los primeros días. Los habitantes se informaban de los detalles de la acción, y las calles se hallaban llenas de soldados desbandados que se incorporaban á sus batallones. Los Cazadores franco-mexicanos fueron, entre otros, los que se mostraron aquel día tan indisciplinados y tan pillos después del triunfo como habían sido resueltos al comenzar la acción.

En definitiva, y á pesar de la ruda retirada á que la reserva de los republicanos acababa de obligar á nuestra columna, aquel largo paseo por alturas que ocupaban la víspera diez mil hombres de los contingentes de Michoacan, Colima y Jalisco-sorprendidos por la mañana y huyendo todavía en la dispersión mas completa, así como la vista de las veintiuna piezas formadas en línea en la plaza de la Cruz, las cuales, como tantos otros trofeos, procedían del campo de los sitiadores, todo nos hacia considerar como victoriosos. Se decía, con razón, que en lo sucesivo se podría cuando ménos pasar por entre las líneas enemigas cuando se quisiera.

Las provisiones y los animales introducidos en la ciudad, aliviaron durante algunos días nuestros habituales sufrimientos.

Sin una circunstancia, insignificante en apariencia, que impidió al Emperador y á Miramon saber que la fuerza enemiga que se presentaba para ocupar de nuevo el Cimatario, era seguida por toda la reserva de los sitiadores, el Emperador se habría salvado y nosotros hubiéramos obtenido, en una situación verdaderamente desesperada, uno de esos triunfos completos é inesperados que cambian el destino de un pueblo.

En efecto, el plan de Miramon consistía en renovar inmediatamente sobre las alturas de San Gregorio y San Pablo, al Norte de Querétaro, el género de ataque que acababa de probarle tan bien en el Cimatario. Su primer triunfo allana-

ba todas las dificultades, permitiéndole flanquear las paralelas republicanas en la tarde. A la consideración de mis lectores dejo cuál habría sido el desastre de nuestros adversarios. Desalojados de todas partes, habrían perdido sus posiciones, su artillería, sus trenes; habrían visto dispersarse su caballería, y destruida ó hecha prisionera su infantería; en una palabra, los republicanos habrían sido aniquilados.

Escobedo lo comprendió así, porque desde su cuartel general, situado en las alturas de Pateo, al otro extremo de la ciudad, ordenó que su artillería y sus trenes estuviesen listos para marchar inmediatamente, para levantar el sitio y retirarse á San Luis, si su reserva era derrotada también, como lo temía.

Los oficiales republicanos confesaron que aquel día habían creído que todo estaba perdido para ellos.

Sin pérdida de tiempo el enemigo se reinstaló en sus líneas y comenzó á trabajar activamente en reparar su desastre, haciendo venir del Interior nuevos refuerzos y nueva artillería, lo que compensó con usura sus pérdidas.

Los republicanos atribuyeron su derrota al contingente de Michoacan, el primero que debía detener la columna de Miramon, y cuya mala organización y poca vigilancia facilitaron efectivamente nuestro triunfo.

Al día siguiente tuve ocasión de ir á la Casa Blanca. Al frente, el enemigo trabajaba en restablecer sus baterías, aunque le inquietaba nuestra artillería. En el intervalo de las detonaciones, se oían los gritos y los quejidos de los heridos que yacían abandonados en la yerba entre el campo republicano y la Casa Blanca.

Esos gemidos y la posición de los que los exhalaban tenían algo de tan punzante, que á pesar del endurecimiento general, muchos estaban conmovidos; pero nada se podía hacer por

aquellos desgraciados, porque los tiradores republicanos tomaban por blanco de sus tiros á todos los que iban á socorrerlos.

Sin embargo, un oficial de la guardia municipal, de origen francés, llamado Domet, acompañado de dos valientes soldados de su cuerpo, se arriesgó y salvó á muchos exponiéndose al peligro. Recogió, entre otros, á un oficial republicano mutilado.

Este desgraciado sufría de una manera atroz: tenia una bala en un ojo, y las dos rodillas y un puño rotos.

Se trató de confortarle. Su debilidad era extrema. Habia perdido mucha sangre desde la víspera y soportado á descubierto los rayos ardientes del sol. Sin embargo, conservaba todavía todo su conocimiento, porque dijo al cirujano que fué á hacerle las primeras curaciones:

—Si me han de fusilar, es inútil que trateis de curarme! prefiero morir inmediatamente.

Le tranquilizamos y fué trasportado al hospital, donde según todas las probabilidades debe haber muerto.

Por la tarde fuí testigo de una escena de otro género.

Un sargento de las tropas de Régules fué á dar, completamente ébrio, á nuestras líneas, creyendo volver á las trincheras ocupadas por los suyos. ¿Cómo sucedió esto? No lo sé, y él tampoco lo sabia. Lo cierto es que recibido por un tiro, que gracias á la proteccion del dios de los borrachos, no hizo mas que atravesar su schakó, recogió tranquilamente su gorro protestando su amor á la libertad, y exigió que se le llevara inmediatamente con su general Régules para quejarse de lo que llamaba el error de que iba á ser víctima. Pareció gracioso conducirle ante el general Mendez. Este, para obtener del borracho los informes que necesitaba, se hizo pasar por un gefe republicano, lo que le surtió muy buen efecto.

—Es igual, decia el general Mendez; á pesar de todas tus protestas, creo firmemente que querias desertar y pasarte con los traidores.

—¡Yo! exclamó el sargento; yo, el sargento *fulano*, desertar con los traidores, ¡jamás! ¡Servir con esos bandidos que nuestro general Régules va tal vez á fusilar mañana!.....

—No mientas..... ¡Querias ir á incorporarte con Mendez! El sargento negó con fuerza:

—Yo, ir con semejante bandido que ha fusilado á nuestros valientes generales Arteaga y Salazar, que valian cien veces mas que él! ¡Yo ir con Mendez, que huye de nosotros desde Zamora, y al que nunca podemos dar alcance!..... ¡Yo, jamás!..... Tal vez estoy borracho, pero no estoy loco.

El general Mendez no habia hecho mas que sonreir durante las protestas del sargento; pero cuando oyó á ese bribon contar cómo él, Mendez, habia huido de Régules, y ademas abrumarle de injurias groseras que no puedo repetir, su cólera, largo tiempo concentrada, estalló.

—Sabe, exclamó, que hablas con el mismo Mendez.

El borracho soltó una carcajada y exclamó con una fé sencilla que produjo en nosotros una nueva y larga hilaridad:

—¡Vos Mendez! mi general, quereis burlaros de mí, ó meterme miedo: si ese bandido de Mendez está ahí en la ciudad, enfrente de nosotros, mi general; se esconde, pero le cogemos y le fusilaremos como á un perro.

El general Mendez no pudo dejar de reirse á su vez.

—Da gracias á Dios, dijo, de que estás borracho y de que se encuentra aquí el Emperador; sin eso ya estarias colgado frente á esta casa.

Le mandó salir.

No pudimos convencer al sargento de que se hallaba entre los que él llamaba traidores, hasta que yendo camino de la

Cruz penetró en las primeras calles de la ciudad, comenzó á entrever la realidad, y el miedo dispipó algo su embriaguez.

—¡Calla! dijo, pues es verdad..... y yo que creia estar en el campo de nuestro general Corona!

V

Salida del 1.º de Mayo.—El coronel Rodriguez, de la guardia municipal de México.—El subteniente Domet.—Exequias del coronel Rodriguez.—Desaliento.

No habian pasado tres dias cuando nuestra posicion era ya peor que ántes de la salida del 27.

Para remediarla, Miramon quiso intentar una nueva salida sobre el Cimatario, pensando que el resultado de la primera podria ser superado por la segunda.

Con el objeto de facilitar la ejecucion de esa salida, Miramon quiso ántes tomar la hacienda de Callejas y la garita de México, con los grandes edificios que la rodean, y sobre los cuales, segun se recordará, se habia hecho inútilmente un reconocimiento el 11 de Abril.

Apoderándose de la hacienda de Callejas y de la garita de México, se ensanchaba nuestra línea, se alejaba al enemigo de la plaza y se podia hacer salir á nuestras columnas á los llanos situados detras de estos dos puntos, cuya importancia habian comprendido en el acto los republicanos habiéndolos fortificado lo mejor posible; en fin, se podia flanquear muy fácilmente las paralelas del enemigo.

La víspera se mandó levantar, frente á San Francisquito, por la 3ª compañía de ingenieros, algunas obras y una batería, para batir en brecha la hacienda de Callejas y proteger á los nuestros en caso de retirada.

En la mañana del 1º de Mayo se formaba en San Francisquito una pequeña columna de nuestra infantería.

Tomó el mando de ella el coronel Rodriguez, de la guardia municipal de México.

Se componia de cazadores franco-mexicanos, de la guardia municipal de México, del 3º de línea y de un destacamento de ingenieros. Estos batallones, sobre todo los dos primeros, estaban considerablemente debilitados por los vacíos que los últimos combates habian hecho en sus filas. Pronto llegaron el Emperador y los generales Miramon y Arellano.

Rodriguez fué llamado á presencia del Soberano. Era un hermoso jóven de bigote rubio, antiguo ayudante del Emperador, que se habia distinguido desde el principio del sitio.

—«Rodriguez, le dijo el Soberano, la importancia del ataque que vais á mandar, es capital para la salvacion de la plaza. No dudo que cumplireis como siempre con vuestro deber. Os prometo una recompensa digna de vos.»

—Señor, respondió inclinándose el noble y valiente coronel, hoy me nombrará Vuestra Majestad general, ó seré muerto.

Inmediatamente Rodriguez organizó su pequeña columna, miéntras que el general Arellano batia en brecha la hacienda de Callejas, fuerte edificio que era necesario tomar ántes de llegar á la garita.

Antes de lanzarse al ataque, Rodriguez examinó con cuidado las dificultades que tenia que vencer para alcanzar el triunfo. Los que se hallaban á su lado pudieron notar que palidecia; su mirada se extravió. Sin duda con esa intuicion peculiar á ciertos hombres, algo le decia que iba á morir.

Mandó llamar á Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, su amigo, y le confió su cruz de Guadalupe, una carta para su novia, otra para una vieja tia que le habia educado, suplicándole hiciera llegar todo á su destino.